

Una biografía de Beckett

Me encontraba en New York cuando se estrenó "Esperando a Godot". Hace más de 20 años de esto. Como suele suceder, no tuve entonces la percepción de estar viendo una obra señera del teatro contemporáneo. Ni la actuación de Bert Lahr, ni el receptivo clima que se creó en el pequeño teatro de "off off Broadway" en que el drama se representaba, lograron emocionarme. Después, cuando vino la avalancha de estudios, ensayos, comentarios críticos y sesudos análisis de la obra, vine a enterarme de la trascendencia de aquella noche neoyorkina. Más adelante, cuando la volví a ver en varias versiones, ya estaba en condiciones de captar la trascendencia de "Esperando a Godot". Pero ya no era gracia.

A pesar de lo mucho que se ha escrito de la obra, poco es lo que se sabe de su autor Samuel Beckett. Aun cuando el Godot se había estrenado en Europa cuatro años antes que su premiere norteamericana, fue esa versión escénica la que permitió su amplia difusión. Desde entonces, centenares de periodistas y de estudiosos universitarios trataron de acercarse a Beckett para conocer al hombre que había tras su obra y, siempre, los resultados no fueron muy positivos. Los reportajes nos mostraban a un hombre hosco, introvertido, con un pesimismo que llegaba a ser enfermizo. Después de haber alcanzado la fama, Beckett se replegaba en él mismo y principiaba, contra su voluntad, a entretenerse una leyenda sobre su personalidad. Como sucedió con Greta Garbo y su célebre frase cuando los periodistas la solicitaban: "Quiero estar sola".

Recientemente, sin embargo, una tenaz estudiosa universitaria norteamericana, ha logrado sacar a luz lo que parece ser la más completa biografía de Samuel Beckett. El resultado es un premio a la persistencia. La autora de la biografía, que se llama Deirdre Bair, principió a perseguir a Beckett cuando eligió su biografía para su tesis de doctorado en la Universidad de Columbia. Ingenuamente, escribió al dramaturgo solicitándole ayuda. Le pedía poder echar una mirada a sus cartas, sus manuscritos y todas esas cosas que rodean a un escritor y que son la levadura de la que se hace una biografía. Pero Beckett rechazó la petición. La autorizó sí para que realizara su trabajo, pero asegurándole que no só-

lo no la ayudaría, sino que jamás leería lo que ella escribiera sobre él.

Una persona menos persistente que la señorita Bair habría desistido de su propósito para buscar un tema o un escritor más asequible. Pero insistió en su empeño y ha logrado una biografía completísima del autor de "Esperando a Godot", recurriendo para eso al testimonio de cuanta persona ha encontrado que tuvo alguna vez trato con él.

Como suele suceder con las biografías de los grandes escritores, los hallazgos, si bien completan el perfil humano de Beckett, no ayudan a una mayor comprensión de su hermética obra. Así, nos enteramos de que el dramaturgo proviene de una familia de protestantes irlandeses —lo que ya en sí es una contradicción— que se rebeló contra su familia, rebelión que dejó una secuela de remordimientos y sentimientos de culpa, lo que le trajo enfermedades sicosomáticas que hasta hoy padece. Una beca a Francia cambió su vida. Allí, en contacto con el movimiento surrealista, vivió una vida de pobre bohemia y cuando, terminada la beca, tuvo que volver a Irlanda a enseñar francés, se aburrió muy luego y volvió a París.

Como todo irlandés de la época que viviera en Francia, su vida giró en torno al genio de James Joyce. Trabajó para él, principió a escribir como él y sólo se vino a separar del maestro cuando una hija de él —Lucía— se enamoró del joven discípulo de su padre, Beckett, que nunca ha soportado una ligazón sentimental estable, se escapó. Durante la guerra, colaboró con la Resistencia, aún cuando mantuvo su total apoliticismo, que conserva hasta hoy.

¿Y quién es ese misterioso Godot al que infructuosamente esperan los dos vagabundos de su obra maestra? ¿Qué asidero tienen las variadas teorías que se han entretelado en torno al misterioso personaje?

La autora de la biografía no nos lo dice. Nada en la vida de Beckett insinúa siquiera una pista a esa interrogante literaria que ha pesado durante un cuarto de siglo.

Una vez más, leyendo la biografía del más grande dramaturgo contemporáneo hay que recordar la frase de Cervantes: "La pluma del genio es más genial que el genio mismo".